

Humanidades y sentido de la vocación humanística: Reflexiones sobre la «crisis» y sus implicaciones

ANTONIO SÁNCHEZ ORANTOS*

No voy a abundar en la indignación que supone la propuesta de planes de estudios que o no consideran la necesidad de los saberes humanísticos o reducen su presencia, para evitar en lo posible justificadas críticas, a su mínima expresión. En el mejor de los casos, es una terrible ignorancia; en el peor, como claramente ha propuesto Nussbaum en su libro *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*¹, un intento de eliminar la capacidad crítica de la sociedad actual frente a las posibles propuestas deshumanizadoras de sistemas sociales que equiparan la vida buena (Aristóteles, *EN I*, 8, 1058, 22-23) a la competitividad y al éxito mercantil. Vida buena, expresión clásica que no debe ser nunca olvidada para que pueda ser (re)pensada en cualquier contexto sociocultural.

Tampoco creo conveniente aceptar, sin más, la tan traída y llevada expresión «crisis de las humanidades». Si dicha expresión apunta a un momento cultural de la humanidad que necesita reelaborar sus fuentes de sentido, es decir, esas fuentes que pretenden ofrecer verdad a la vida para que ésta no pueda quedar reducida al necesario mantenimiento pragmático de su realidad, podría aceptar dicha expresión como punto inicial de posibles y fructíferas reflexiones.

Pero si la expresión pretende hacer referencia a los saberes humanísticos, creo, no sé si ustedes estarán de acuerdo, no sólo que es falsa, sino que supone una doble manipulación ideológica. Me explico.

El saber humanístico, y en su seno, sobre todo, la filosofía y los saberes que de ella se derivan, se define, si no quiere perder su radicalidad, es decir, su identidad, por un replanteamiento continuo de sus logros, por un poner en crisis continuamente, por opción vocacional/opción ética

* *Universidad Pontificia Comillas* (Spain). – This text can be quoted as follows: Miguel García-Baró, “Fenomenología radical y ética: Una perspectiva sobre la necesidad urgente de situar a la filosofía en el centro de cualquier programa radical de renovación de la enseñanza”. In: João J. Vila-Chã & Miguel García-Baró (Org.), *Philosophy and the Future of Human Formation in Europe • La Filosofía y el futuro de la formación humana en Europa*. Papers Presented at the Regional Congress of COMIUCAP for Europe Organized in Conjunction with the Universidad Pontificia Comillas (Madrid, 17-19 of December, 2014).

¹ M. C. NUSSBAUM, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz, Buenos Aires, 2010.

–nunca por modas o por querer buscar plausibilidad social en tiempos de saberes «post-» (postmodernos, postmetafísicos, postreligiosos...)– sus principios, sus métodos y sus resultados. El saber humanístico no está en crisis, sino que tiene que provocar continuamente su propia crisis para evitar la caída en cualquier tipo de dogmatismo, sin que esto suponga, claro está, una aceptación del escepticismo/relativismo. Dogmatismo y escepticismo, las dos tentaciones siempre presentes en la tarea del pensar.

La crisis siempre será la característica de ese saber que quedó claramente definido, desde la antigüedad, como «saber que siempre se busca». Y abundar en el sentido negativo de la expresión «crisis de las humanidades» es o no entender su identidad o querer, implícita o explícitamente, una especie de «pensamiento único» que pretende ideológicamente poseer todas las respuestas sin aceptar, excluyendo, casi todas las preguntas y, sobre todo, las preguntas que emergen del vivir en su actualidad.

Pero además, segunda manipulación ideológica, y para mí más importante como quedará reflejado en esta breve comunicación, la expresión «crisis de las humanidades», a veces, en su uso coloquial, está remitiendo a la supuesta incapacidad de los saberes humanísticos para aportar alguna luz al saber que los seres humanos necesitamos para enfrentar nuestros problemas vitales. Los saberes humanísticos, entonces, serían un lujo, un adorno, un entretenimiento, frente a las aportaciones que los saberes científico/técnicos (tecnología) ofrecen en el mundo actual. La expresión «crisis de las humanidades» estaría invitando ideológicamente a los saberes humanísticos, si no quieren quedar relegados a pura ornamentación, a su radical naturalización, es decir, a quedar reducidos a pensar única y exclusivamente, bajo su acrítica aceptación, los métodos y resultados que la tecnología produce o pueda producir.

Si en otro tiempo el saber humanístico y, en él, la filosofía, fue definido como «sierva de la teología» (*ancilla theologiae*), hoy tendría que ser definida como «sierva de la tecnología».

Y este reduccionismo sí que debe ser, para todos los que amamos el saber humanístico, una fuente de profunda indignación. Porque lo que está suponiendo es la aceptación implícita de la tecnología como filosofía primera. Y dicha aceptación, si la hubiere, sí supone una radical crisis para el saber humanístico.

Y creo que, en este Espacio Universitario Europeo, y sobre todo en el espacio social que abren o deben abrir las Universidades Católicas, este es el tema que debe ser reflexionado con detenimiento y claridad crítica. Sin ella, sin esta reflexión, sin respuestas adecuadas a este reto, la Universidad y, menos aún, la Universidad Católica, nunca podrá ser fiel a su raíz fundacional.

Pero antes de continuar con mi argumentación, y para que ésta pueda entenderse adecuadamente, debo hacer un fuerte subrayado. La acusación de cientificismo dirigida contra la ciencia con la intención de descalificarla globalmente como instancia para dar razón de la singularidad de la condición humana, tiene su fundamento, la mayoría de las veces, en la ignorancia, muchas veces querida, que demuestran los así llamados humanistas en cuestiones de ciencia -aunque, otras veces, claro está, pero por desgracia son las menos, puedan existir razones pertinentes para tal acusación. Ignorancia similar, también es necesario decirlo, a la que demuestran los científicos en cuestiones humanísticas. Contra este nefasto desencuentro -por cierto, poco ilustrado- es contra el que debe levantarse, por vocación, la Universidad y, sobre todo, la Universidad Católica. Por vocación, es decir, no para asegurar un puesto para el saber humanístico en los planes de estudio, sino porque dicho desencuentro -insistimos, ni el saber científico ni el saber humanístico, sino su desencuentro- está provocando la pérdida de sentido de la vida humana. Y esta es la tarea social más importante que la Universidad debe asumir: procurar el verdadero sentido de la vida para los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Creo que es fácil admitir que en la situación sociocultural actual la ciencia/técnica ha dejado de ser un saber instrumental (positivo), para convertirse, es la tecno-LOGIA, en «saber hermenéutico»; es decir, en interpretación que al generar cosmovisiones (*Weltanschauung*) entra en conflicto con cosmovisiones no científicas y, sobre todo, con cosmovisiones tradicionales que han sido grandes fuentes de sentido para la vida humana.

Corrigiendo a Heidegger, si se me permite la falta de modestia, creo que en la situación cultural actual la *ciencia piensa*, y desconocer el pesar implícito o explícito que la ciencia ofrece es una grave irresponsabilidad para el pensamiento humanístico. El recurso «a lo inefable» o a lenguajes esotéricos, incomprensibles por falta de referentes claros y suficientemente definidos, tan propio de un «saber» humanístico que pretende sustraerse al diálogo con *el pensar* que la ciencia ofrece, es un mal camino (método) para defender las aportaciones propias, identidad, que el buen saber humanístico está llamado a ofrecer en la cultura actual.

El pensamiento decimonónico, que curiosamente se presenta bajo la etiqueta de progresista en muchos contextos culturales, al menos en España, propuso, por todos es sabido, la superación de la religión por la metafísica y de ésta por la ciencia. Hoy, esta propuesta, se torna insostenible. La vida humana siempre busca explicaciones de sentido no sólo para justificar su quehacer en el seno de la realidad natural, ese quehacer que tiene como pretensión engendrar un hogar a la altura de sus inquietudes en el seno del anónimo, y por eso inhóspito, Hay Natural. Busca explicaciones de sentido, sobre todo, y precisbamente, para poder man-

tener este duro y, a veces, insoportable quehacer. Duro e insoportable porque sabe, es consciente de ello, que siempre será quehacer interminable. Si estas explicaciones de sentido, siguiendo el pensamiento más tradicional, son llamadas «mitos», entonces debe concluirse que la vida humana es imposible sin ellos.

Hoy sabemos, somos conscientes, de que hay muchas clases de mitos: religiosos, sociales, políticos, económicos y, también, científicos. A estas alturas de la historia sería obscurantista no aquél que reconoce y acepta su existencia, sino aquél que, en nombre de un supuesto «progresismo ilustrado», se atreve a defender que el ser humano puede vivir sin ellos, es decir, que la vida humana puede quedar reducida a su sola dimensión racional, que, a su vez, es reducida a la solución de problemas prácticos.

Quizá sea este el mito más fantástico y avieso que pueda haberse construido. Y además con un agravante sumamente perverso: en la medida que se defiende la posición de que cualquier saber supera la postulada superchería mítica, en esa medida, se pierde la capacidad reconocer que, primero, todo saber engendra mitos; y que, segundo, cuanta más potencia explicativa tiene o cree tener un saber, mitos más potentes engendrará. Es la experiencia histórica de Europa acompañada de mucha sangre, sudor y lágrima.

Por eso, también, me parece un mito fantástico y perverso presentar el saber humanístico, y, sobre todo, a la filosofía, como opuesta al saber mítico. ¿Abandonó el movimiento presocrático el pensar mítico? ¿Abandonó el pensar mítico el gran Parménides en su Poema sobre la Verdad? ¿Lo abandonó Platón cuando recurre para presentar sus verdades más radicales a los mitos de la Caverna, de Giges, del Caballo Alado? ¿Tal vez lo abandonó Aristóteles cuando dejó escrito, y precisamente en su *Metafísica*, que «*los seres humanos comenzaron siempre a filosofar movidos por el asombro*» (*Met.* 12-14), y por eso, «*el que ama a los mitos es en cierto modo filósofo pues el mito se compone de elementos asombrosos*» (*Met.* 18-19); ¿O quizá cuando al final de su vida refiere que *cuanto más solitario y aislado estoy, tanto más he llegado a amar a los mitos*? ¿Son estos grandes de la tradición humanista occidental irracionales?

Ni los saberes científicos ni los saberes humanísticos pueden caer en el error de pretender superar, negándola, la sabiduría que las denominadas desde antiguo explicaciones míticas pretenden ofrecer: sentido para la vida humana. Pero ambas tienen que ser conscientes, y este es el problema, de que las explicaciones míticas que todo saber genera, por el hecho de ser míticas, no son ni buenas, ni siquiera inicuas. Las explicaciones míticas pueden engendrar libertad u opresión, autonomía o dependencia, xenofobia o solidaridad...

Esta sí que fue la tarea de la reflexión filosófica, madre de todos los saberes humanísticos y científicos, en sus inicios. Establecer reglas pre-

cisas (logos: discursos bien fundados) para saber distinguir cuando una tradición de sentido era humana o inhumana. Su convencimiento era que dichas reglas (*noesis*) debían proponerse como condición de posibilidad de una vida feliz y verdadera (*pragmata*). Por eso, su crítica a las narraciones míticas existentes no buscaba, sin más, su negación, sino, precisamente, la posibilidad de su verdad.

La poco considerada filosofía helenística, elaborada, no debe olvidarse, en un tiempo de crisis cultural análogo al que nos ha tocado vivir, se vio obligada a recuperar con fuerza la vocación última que siempre debe definir el saber humanístico. Epicuro escribió:

«Vacío es el argumento de aquel filósofo que no permite curar ningún sufrimiento humano. Pues de la misma manera que de nada sirve el arte médico que no erradique la enfermedad de los cuerpos, tampoco hay utilidad ninguna en la filosofía si no erradica el sufrimiento del alma» (Epicuro, *Us.* 221 = Porfirio, *Ad Marc.*, 31)².

Y el estoico Crisipo, al describir con orgullo su arte filosófica proclama:

No es verdad que exista un arte llamada medicina que se ocupe del cuerpo enfermo y no haya ningún arte equivalente que se ocupe del alma enferma. Ni es verdad tampoco que esta última sea inferior a la primera, ni en su alcance teórico ni en su tratamiento terapéutico de los casos individuales (Galeno, *PHP*, 5, 2, 22, 298 D).

El saber humanístico tiene por vocación, por finalidad, curar enfermedades humanas, enfermedades producidas por narraciones de sentido que engendran creencias falsas, cuyo resultado, como enseñó el gran Sócrates, es la deshumanización. Es probable que la sabiduría humanista no pueda impedir la barbarie, pero sí negarse a justificarla como una exigencia de la razón. El saber humanístico, por eso, permítanme parafrasear a Pascal, invita a desarrollar un *espíritu de finura* capaz de discernir las posibilidades contenidas en todo saber para caminar hacia una vida buena, una vida digna de ser vivida.

Por eso, el saber humanístico afirma, y con rotundidad, que todo conocimiento, sea sobre la naturaleza, sobre el hombre, sobre Dios..., sea científico, antropológico, filosófico, teológico... segrega creencias que afectan al sentido de la vida humana, y no ser conscientes de ellas, es o no saber o no querer saber lo que el conocimiento significa para el ser humano. En definitiva, afirma con rotundidad que nunca será verdadero saber aquel conocimiento que no es capaz de someter a juicio crítico las creencias de las que parte y las creencias que engendra.

² La palabra alma traduce el griego $\Psi\upsilon\chi\eta$ que no entraña, en principio, ninguna teoría metafísica sobre la personalidad. Indica solamente la actividad vital de lo vivo, por eso no exige la exclusión del fisicismo, manera de pensar tanto de epicúreos como de estoicos.

Cuando el saber científico se olvida de esta radical verdad, y quizá en la cultura actual se está olvidando, corre el peligro de quedar subordinado a la utilidad y rentabilidad. Acabar en el pensamiento único de la rentabilidad es acabar en el pensamiento único. Y esto significa, ya lo anunciamos más arriba, acabar con el pensar. Y sería un absurdo que la Universidad fuese el espacio, donde por razones de competencia mercantil, se acabará con el pensar.

Ahora bien, el saber humanístico tiene que criticar también la falsa creencia de que la ciencia y sus maravillosos logros deshumanizan al ser humano. Aún más, tiene que asumir que las comunidades humanas estarán cada vez más determinadas por los maravillosos logros de la ciencia. Y difícilmente podrá cumplir su vocación, derrocar las creencias falsas que engendra, si desconoce absolutamente su proceder.

Concluyo, con largueza, volviendo al principio de la reflexión. El debate de la necesaria presencia de las Humanidades en la Universidad nunca podrá ser fructífero si no somos capaces de derrotar la creencia –para mí no sólo falsa, sino nefasta– de que saber humanístico se identifica con las *Letras* y se opone a saber científico, a las *Ciencias*. Porque desde esta identificación, que engendra la citada oposición, las Humanidades no podrán cumplir en la cultura actual su vocación más primigenia: curar las enfermedades del alma.

Por eso, sueño con una Universidad, un sueño muy antiguo, por cierto, recordemos la consigna que podía leerse en el frontispicio de la Academia Platónica: «nadie entre aquí sin saber geometría»; y recordemos, también, el conjunto de disciplinas que el libro VII de la República presenta como necesarias para la formación de los filósofos gobernantes: aritmética (522c), geometría (526c), astronomía (528e), música (531a-c) y dialéctica (532-537); digo que, por eso, sueño, sueño muy antiguo, con una Universidad que ofrezca, no saberes fragmentarios, especializados, sino espacios de saber integral donde los alumnos, porque saben de los contenidos fundamentales que ofrecen las Matemáticas, la Física, la Biología y la Informática... y han reflexionado sobre ellos desde el saber que ofrecen la Lingüística, la Literatura, la Historia, el Arte, la Sociología, la Ética, la Filosofía..., están preparados para curar las enfermedades del alma humana, es decir, están preparados para tomar decisiones que contribuyan a la posibilidad de una vida feliz y verdadera.

Se podrá objetar a este sueño que favorece la superficialidad –¡no sé si Platón la favorecía con el conjunto de disciplinas que ofrece al filósofo gobernante!– porque todas las ciencias nombradas exigen una especialización que impiden el conocimiento de las demás. Pero creo que esta es otra creencia falsa que debe ser superada: al menos yo no estoy dispuesto a asumir que o soy especialista en una materia o no soy nada en el horizonte del saber.

El proyecto del saber humanístico nunca ha reclamado para sí un saber universal, absoluto, completo; al contrario, siempre se ha declarado contrario a la absolutización de cualquier saber y a favor del diálogo entre saberes (interdisciplinariedad); y el pensamiento cristiano ha sido un claro ejemplo de esta de actitud. Dicho, si se quiere con más fuerza: el pensamiento humanístico, recordemos los españoles a nuestros Unamuno y Ortega y Gasset, siempre ha denunciado el riesgo de brutalidad, de deshumanización, que puede implicar el exceso de especialización: saber mucho de casi nada.

Porque nunca serán los expertos en materias específicas los que podrán establecer puentes de diálogo entre los diferentes saberes; sino aquellos que imbuidos por la necesidad de curar las enfermedades del alma humana han adquirido la apertura mental y la agilidad intelectual para abrir espacios donde los diferentes saberes especializados puedan encontrarse y dialogar, desde el reconocimiento de sus límites, límites que nacen precisamente de su especificidad, y siempre con el fin de contribuir a una mejor humanidad.

El ciudadano del s. XXI, y estoy casi convencido de que el ciudadano de cualquier siglo, anterior o posterior, si realmente quiere ser protagonista de su propia historia, no podrá nunca conformarse con un solo tipo de saber, sea de *Letras* o de *Ciencias*; deberá ser consciente de todos los saberes que están determinando el sentido de humanidad.

Si todo conocimiento es posibilidad de favorecer la formación humana, es decir, la humanidad de los humanos, será necesario revisar continuamente el equilibrio, la complementariedad de todas las ramas del saber, que siempre constituirán el árbol, no debe olvidarse, «de la ciencia del bien y del mal». Y esta revisión es la tarea más propia de aquella Universidad que quiera estar no al servicio de las *revistas de impacto*, sino al servicio de la humanidad.

Ahora sí concluyo. La oposición Letras/Ciencias, según mi parecer, está impidiendo una formación suficiente para mantener los bellos ideales de las sociedades democráticas. Y porque la vocación del humanista, y la Universidad debe ser el espacio donde estos se formen, es curar las enfermedades del alma que impiden una vida feliz y verdadera, somos nosotros, los humanistas, los que debemos derrotar tal oposición. Por tanto, no se trata solamente de pedir horas para las humanidades en los planes de estudio, sino de presentar con claridad qué tipo de ciudadano queremos formar y de ofrecer los medios adecuados para que pueda tomar decisiones adecuadas sobre la vida humana en diálogo con otros, en diálogo con la alteridad, sin perderse en ella.

Ni las humanidades están en crisis, porque su identidad, precisamente, es, por vocación, no por moda, auto-provocar su crisis; ni conviene

aceptar sin más la tan generalizada afirmación «crisis de las humanidades», sin pensar críticamente las implicaciones que conlleva.

Quizá la única virtualidad de la expresión «crisis de las humanidades» sea esta: la obligación de recuperar en la cultura actual la identidad de los saberes humanísticos, lo que siempre quisieron ser. Un saber que pretende curar las enfermedades del alma para que el ser humano se encamine a una vida feliz y verdadera. Y esta es debe ser la vocación última de la Universidad y, con más razón, de la Universidad Católica.